

## **Cambios en la estructura agraria de la pampa bonaerense (1960-1988)**

**Alfredo R. Pucciarelli \***

### *El proceso de agriculturización*

A partir de la última posguerra, el proceso argentino de "industrialización sustitutiva" se desarrolla alimentando una compleja contraposición de intereses entre el sector agrario de su región fundamental y el resto de la economía. Contraposición que, al no hallar una forma de resolución satisfactoria, se convierte, con el paso del tiempo, en una contradicción de carácter permanente, en un obstáculo prácticamente insalvable que para muchos autores explica no sólo la baja capacidad de crecimiento e innovación de la economía capitalista argentina (Ferrer, 1991; Flichman, 1977; Murmis, 1979) sino los núcleos centrales de la conflictividad social y las causas últimas de muchos de los grandes enfrentamientos políticos ocurridos en el pasado (O'Donnell, 1977; Portantiero, 1977; Sábato y Schvarzer, 1985).

Vista desde la perspectiva que impone la crisis actual, esta contradicción estructural aparece amplificada, además, con los efectos paradójales que generó en su momento una nueva forma, superpuesta, de asincronía intersectorial, ajena, en principio, a las causas anteriores pero igualmente responsable del agotamiento del modelo de industrialización sustitutiva. En efecto, durante el largo período de expansión de ese modelo, la producción agropecuaria, que debería haber aumentado la disponibilidad de divisas y la oferta de alimentos baratos, entró en un prolongado estado de letargo que se prolongó hasta la década del sesenta y operó, durante ese lapso, como un formidable freno a la expansión y modernización de la economía. A fines de esa década, cuando la sucesión incontrolable de una serie de crisis recurrentes condujo a un estado de virtual postración económica y a un cambio radical del modo de inserción en el contexto internacional, el sector agropecuario pampeano inició un proceso sostenido de expansión de la inversión y de la producción agrícola. Recupera-

---

\* CONICET - UBA.

ción que en cierto modo llegó demasiado tarde, porque en lugar de alimentar, con el mejoramiento de la balanza de pagos y con la circulación de una mayor cantidad de divisas, la recuperación de un sector industrial que a mediados de los años setenta había iniciado su reconversión "decadente", sirvió de plataforma de lanzamiento del nuevo modo de acumulación, basado en la dominación del capital financiero, que nos condujo a la crisis endémica actual. Independientemente de ello, los diversos componentes del largamente postergado proceso de expansión agrícola han venido provocando en el medio rural pampeano una serie de cambios en las estrategias de producción, en la composición de las explotaciones y en el perfil de los sujetos sociales que, aun siendo poco conocidos, parecen contradecir algunas de las tendencias generales imperantes en el resto de la economía.

Varios estudios especializados (Coscia, 1983, Obstchatko, 1988; Pizarro y Cascardo, 1991) han analizado las características y las causas de ese importante movimiento de expansión del producto bruto agropecuario y del valor global de las exportaciones primarias, basado, principalmente, en lo que se ha dado en llamar el nuevo proceso de agriculturización. En efecto, con base en datos estadísticos elaborados por el Ministerio de Agricultura, los autores de la última de estas investigaciones calculan que la producción física de cereales y oleaginosas en la región pampeana pasó de 12 a 19 millones de toneladas entre los años 1961 y 1987, dando lugar a una impresionante tasa de crecimiento que, sin embargo, contrasta fuertemente con la moderada expansión registrada en el área ocupada por las siembras de esos granos, durante el mismo lapso. Si se descuentan los 1,2 millones de hectáreas cultivadas en segunda ocupación, las sementeras pampeanas ascienden de 10,3 a 13,7 millones de ha; crecen, por consiguiente, sólo un 33% respecto de la superficie cubierta en 1960. La explicación de tal discrepancia sólo puede hallarse en la evolución de los rendimientos físicos de los distintos cultivos: tomando el promedio de los cinco principales —trigo, maíz, sorgo, girasol y soja— el rendimiento sube de 1,3 a 2,3 toneladas por hectárea, o sea un 77%. (Pizarro y Cascardo, 1991, cuadros 1 a 3).

Por primera vez en la historia de la agricultura pampeana, la elevación del volumen y del valor de la producción obedece mucho más directamente a la introducción de innovaciones tecnológicas que a la ampliación de la superficie sembrada. Durante este lapso, el tradicional movimiento pendular, por medio del cual el crecimiento de la agricultura, impulsado por precios relativos favorables, se realizaba a expensas de las tierras ganaderas, y viceversa, continúa operando pero en forma mucho más atenuada. El crecimiento de la producción granífera no se explica, como en oportunidades anteriores, sólo por la retracción de la ganadería, iniciada a mediados de los años setenta, sino por la realización de una especie de revolución en las prácticas de la agricultura extensiva, que introdujo nuevos cultivos, las siembras en segunda ocupación, involucró maquinarias, implementos, simientes, insumos y obligó a multiplicar varias veces las inversiones de capital.

Las diferentes innovaciones introducidas actuaron en forma articulada, reforzándose y requiriéndose mutuamente, pero entre todas ellas sobresa-

len nítidamente dos tipos de transformaciones que, por su enorme importancia, explican la mayor parte de los cambios operados en las estrategias de producción y en la composición de las inversiones de capital: ellos son la introducción de semillas dotadas de un nuevo tipo de potencial genético y la transformación completa del parque de maquinarias, es decir de los elementos mecánicos utilizados en casi todas las etapas del proceso productivo. Las innovaciones técnicas operadas en este rubro permitieron modificar y ampliar una enorme cantidad de criterios tradicionales, aumentando muy fuertemente los rendimientos físicos y económicos, pero también los costos. Razón por la cual modificaron los límites de las anteriores economías de escala, los tamaños óptimos de los distintos tipos de explotaciones en las diversas áreas de la región, y también elevaron considerablemente los volúmenes óptimos de inversión, desplazando hacia las unidades territoriales de mayor extensión la utilización racional de los nuevos equipamientos. Los nuevos patrones productivos exigieron la utilización de maquinarias cada vez más complejas y costosas, pero la escasa magnitud económica de la inmensa mayoría de las explotaciones les impidió encarar inversiones de capital ubicadas, por su envergadura, muy fuera de su alcance, y por su relación con la dimensión de la parcela muy lejos de límites aceptables de eficiencia.

Impulsados por esa doble contradicción, surgen en ese contexto tres nuevos procesos: la descapitalización absoluta y relativa de pequeños y medianos productores, el crecimiento de los medianos-grandes productores que controlando extensiones adecuadas e invirtiendo en nuevas maquinarias pueden extraer grandes beneficios económicos de las nuevas estrategias de producción, y el rápido fortalecimiento y expansión de un nuevo sujeto, el contratista de maquinaria agrícola. Analizando distintos aspectos de los múltiples roles desempeñados por este personaje, investigaciones recientes (Llovet, 1991; Tort, 1983; Cloquell y Devoto, 1992) tienden a coincidir en que la expansión e intensificación de la producción agrícola registradas en los últimos 25 años no hubieran sido posibles sin la conversión del pequeño propietario, carente de extensiones adecuadas para adoptar en sus predios los nuevos esquemas tecnológicos, en contratista de labores y maquinarias para terceros, y sin el desarrollo de esa nueva red de relaciones técnicas y sociales que contiene la variada gama de "arreglos accidentales" que éstos hicieron con los diferentes tipos de productores, en los distintos momentos del ciclo productivo.

La contratación de esos servicios obligó a los pequeños agricultores a ceder a otro pequeño productor una parte de sus ganancias, pero les permitió utilizar la nueva tecnología y permanecer en el mercado sin tener necesidad de realizar grandes inversiones de capital. A los grandes propietarios, la existencia de contratistas prósperos, dispuestos a invertir, a ampliar el parque de maquinarias y a extender su campo de operaciones cultivando extensas superficies, les permitió ampliar el área agrícola de sus explotaciones en condiciones de relativa eficiencia, sin obligarse a inmovilizar grandes masas de capital en maquinarias. Reforzaban de ese modo sus estrategias mixtas de producción y su antigua predisposición a mantener todo el capital posible en forma líquida para responder con cambios rápidos a las crónicas oscilaciones del mercado.

Las necesidades de sobrevivencia de los pequeños contratistas familiares y el interés de los más grandes por ampliar su esfera de influencia, unidos a la fuerte especialización de ambos en la utilización eficiente de un nuevo parque de maquinaria diversificada, que por su complejidad se volvía cada vez más inaccesible e inmanejable para el productor tradicional, fue modificando sus orientaciones originales: de contratistas de labores aisladas, realizadas en función de estrategias diseñadas e implementadas por propietarios de las explotaciones que continuaban dirigiendo el proceso de producción, se fueron convirtiendo en un nuevo tipo de productor independiente. A medida que el control de la maquinaria, los insumos y las nuevas técnicas agronómicas fue adquiriendo una creciente importancia respecto de los otros factores de la producción, esta nueva clase de productores sin tierra, o con poca tierra, pero dueña de una creciente porción del capital agrícola y familiarizada con las nuevas prácticas culturales, fue sintiéndose capaz de aumentar por su cuenta los rendimientos físicos y encarar la producción de nuevos y viejos cultivos en forma independiente, con mayor eficiencia, en terrenos ajenos, obteniendo a pesar de ello mayores beneficios finales que los tradicionales dueños de la tierra.

Emerge de ese modo, en los estratos inferiores, un nuevo tipo de pequeño propietario agrícola capitalizado que en muchos casos subordina sus estrategias de crecimiento, mediante la toma o cesión de nuevas tierras en arrendamiento, a las características de la evolución de su unidad familiar (Mascali, 1992) y, en los estratos superiores, un nuevo tipo de empresario de maquinaria, de capitalista arrendatario capaz de cultivar por su cuenta varios miles de hectáreas y manejar un amplio contingente de mano de obra asalariada (Llovet, 1991). Aunque motivados por distintas razones, ambos se hallan dispuestos a tomar, mediante contratos accidentales de un año de duración, extensiones variables de la superficie no agrícola o mal cultivada poseída por una amplia gama de productores diferentes, interesados en aprovechar el aumento de la renta del suelo asociada al incremento de los rendimientos físicos o incapacitados de afrontar los viejos cultivos con los nuevos criterios tecnológicos. De ese modo, las grandes explotaciones lograron modificar con gran beneficio económico el destino de tierras aptas anteriormente dedicadas a la ganadería, y los pequeños productores familiares se transformaron, a su pesar, en una nueva especie de pequeños rentistas inmobiliarios rurales, en un nuevo contingente de migrantes urbanos que en los momentos de mayor auge llegaron a percibir en concepto de arrendamiento temporario un beneficio líquido mayor al que venían obteniendo de su propia producción.

Por tal razón el contratista "tantero" que establece acuerdos, generalmente verbales, "al tanto por ciento", de no más de un año de duración, fue reemplazando, y desplazando, con esa precaria estrategia de implantación, a un numeroso contingente de antiguos agricultores tradicionales bien establecidos; fue absorbiendo las mejores tierras de todos aquellos que, independientemente de su tamaño, iban reconociendo su incapacidad económica o cultural para adecuarse a las crecientes exigencias técnicas y económicas de los nuevos esquemas de producción. Aunque no se ha podido establecer todavía su real

peso económico y social, los especialistas concuerdan en que se ha convertido en uno de los sujetos principales de la producción granífera dentro del área predominante agrícola y en un nuevo protagonista de la estructura de la producción en el resto de la región.

Su crecimiento produjo, a la vez, la reimplantación y la posterior expansión del arrendamiento agrícola, un régimen de tenencia que bajo otras modalidades tuvo, como es sabido, una fuerte incidencia en la primera expansión de los cultivos cerealeros, y que entró en franca descomposición durante el período de estancamiento posterior a la Segunda Guerra Mundial. Algunos autores estiman que el régimen de arrendamiento accidental dominaba a fines de la década del ochenta el 50% de la producción de maíz en la región del cereal (Forni y Tort, 1992); otros estiman que su participación oscila entre el 20% y el 25% de la producción total de cereales en la provincia de Buenos Aires (Obschatko y Del Bello, 1986). En el período de agriculturización, este nuevo tipo de arrendamiento por contrato accidental presenta, con respecto a las formas anteriores, una diferencia fundamental: aquí el arrendador pone, casi sin condiciones, sus tierras al servicio de las estrategias de producción y de acumulación del arrendatario, quien se convierte en la figura principal y, en la mayoría de los casos, en el sujeto económico dominante. Por esa razón, tanto las condiciones del arrendamiento como el nivel de la renta se definen a partir de un elemento central, la obtención asegurada de un adecuado nivel de beneficios por la inversión realizada por el empresario contratista.

### *Las oscilaciones periódicas no disimulan el estancamiento crónico de la ganadería*

Aunque, como hemos dicho, el proceso de agriculturización responde a sus propias causas y tiene sus particulares características, en todo independientes de los requerimientos de la ganadería, es conveniente recordar que, después de una primera etapa de expansión, la producción de carne, desalentada nuevamente por la modificación de precios y de condiciones de comercialización, ingresa a partir de 1975 en un franco período de declinación. Declinación que se manifiesta en una disminución del 18% del *stock* ganadero y en la implantación de nuevas sementeras en las mejores tierras forrajeras, modificando los criterios de utilización de viejas tierras ganaderas para aprovechar las nuevas oportunidades del mercado e impulsar, en la parte que le corresponde, el nuevo *boom* agrícola. De cualquier modo, la combinación de ambas tendencias —creciente y luego decreciente— deja un leve saldo positivo que permite aumentar los rodeos de 30,9 a 34,5 millones de cabezas, es decir un 12%, durante el período que transcurre desde 1960 hasta 1986. No obstante ello, el sector ganadero ha ido perdiendo su posición estratégica en la economía nacional y su antigua importancia en el mercado internacional (Peretti y Gómez, 1991, cuadros 1 y 2).

Las pequeñas oscilaciones operadas en los volúmenes de producción, durante un período tan prolongado, no alcanzan a ocultar aquello que parece

constituir el rasgo dominante de la ganadería pampeana, por lo menos hasta el inicio de la década del noventa: un estado de virtual estancamiento, que se manifiesta tanto en la producción como en los criterios de uso del suelo ganadero y en las estrategias de producción. De acuerdo con los datos de los autores anteriormente citados, existe desde hace un cierto tiempo una nueva oferta tecnológica destinada al incremento de la productividad de la ganadería extensiva, a campo abierto, que por razones aún desconocidas no ha sido tenida en cuenta todavía. La lenta modificación de criterios tradicionales, tanto en el manejo de suelos y de prácticas alimentarias como de técnicas de cuidado, de reproducción y de engorde, se expresa elocuentemente en la muy baja evolución de los coeficientes de carga animal por hectárea.

Si se toma la población vacuna, el índice de carga animal por superficie asciende de 0,75 a 0,95 vacuno por hectárea, o sea un 26% entre los años 1960 y 1986. Pero si tomamos la población animal total, que incluye ovinos y equinos debidamente ponderados, el mismo índice se incrementa desde 0,90 a 0,98 animales por hectárea, es decir sólo un 8,8% en el mismo lapso (Peretti y Gómez, 1991, cuadros 7 y 8). A diferencia de lo acontecido con la agricultura, no parece existir, en la opinión de estos autores, una significativa asociación entre las innovaciones tecnológicas adoptadas por la mayoría de las empresas y el leve crecimiento de la producción. El incremento o disminución del número de cabezas y las características del denominado "ciclo ganadero" parecen continuar respondiendo, fundamentalmente, a los estímulos del mercado, y dentro de ellos, a las oscilaciones de precios.

Esta persistente inclinación del productor ganadero a seguir por detrás la evolución coyuntural de los precios del mercado, que parece condicionar las estrategias de producción a las determinaciones del corto plazo, obnubilando una perspectiva de mayor alcance, parece explicar el extraño hecho de que la mayoría de las innovaciones de los últimos veinticinco años se hayan producido durante el subperíodo 1960-75, acompañando el crecimiento de la superficie ganadera y de los planteles. Dentro de un contexto relativamente estático, emergen un conjunto de sociedades comerciales y de productores de avanzada, gérmenes de una nueva clase de estancieros empresarios, que con sustanciales inversiones y criterios científicos modernos tratan de producir una revolución en las técnicas tradicionales de la ganadería extensiva. Es la época en que el "Plan Balcarce", impulsado por el INTA y aplicado a más de 1.000 establecimientos que ocuparon casi 1,2 millones de ha. incrementó en un 120% la superficie de praderas artificiales y en un 40% la carga de vacunos por hectárea. Es el período igualmente, en que grandes empresas, integradas funcionalmente por diversos tipos de explotaciones —como aquella que fue elocuentemente descrita por uno de sus dueños (Blaquier, 1967)— plantean una nueva posibilidad de desarrollo integrado entre producción de cereales de altos rendimientos, apoyados en los nuevos pisos tecnológicos, producción masiva de forrajes destinados a la complementación alimentaria, expansión de praderas artificiales para incrementar la carga animal, introducción de nuevos insumos veterinarios para el control de enfermedades, incorporación de inseminación artificial y de nuevas técnicas en el sector de cría, etcétera.

Se abrió en ese momento una nueva oportunidad de transformación para un sector que iba siendo marginado paulatinamente del mercado mundial, se creó la posibilidad de aprovechar los buenos precios del momento para difundir y adoptar nuevas estrategias de producción que, aumentando sustancialmente las inversiones, eliminaran la aftosa y bajarán costos unitarios y precios, aumentando a la vez rendimientos y beneficios. Sin embargo, estudios realizados posteriormente han puesto de manifiesto que, pasado el período de buenos precios, se liquida una parte de los planteles, se detienen las inversiones y aparecen formidables obstáculos para la adopción de la nueva tecnología disponible en el mercado. Es probable que, en ese contexto, las grandes explotaciones mixtas que pudieron combinar adecuadamente agricultura ce-realera con forrajes anuales y permanentes hayan escapado a la nueva tendencia, generando márgenes crecientes de beneficios modernizando la producción de carne realizada en gran escala; pero si se toma el problema en términos globales el panorama es diferente. Aunque las estadísticas existentes brindan una base precaria de análisis, algunos autores afirman que al promediar la década del setenta comienza un período en el cual la reducción de planteles va acompañada de un proceso de desinversión, especialmente en el rubro maquinarias, y de estancamiento de los índices de producción, que se ha generalizado, pero que resulta mucho más notorio, para algunos analistas, en cría que en invernada; (Esnoz y Aráoz, 1987).

Otros estudios, aun más radicales, consideran que el estancamiento crónico de la productividad de las tierras ganaderas, responsable, junto con los precios, del desplazamiento de los rodeos de las zonas agrícolas, del afianzamiento de la agricultura permanente y de la subordinación de lo pecuario en los establecimientos mixtos a partir de la década del setenta, es la consecuencia impensada de la insistencia en aplicar una estrategia de producción denominada "sistema de producción ganadera nacional", que en el pasado permitió el crecimiento y brindó grandes beneficios económicos pero que se halla agotada en la actualidad. Este sistema, basado en el uso combinado de alambradas, aguadas y la alfalfa en praderas artificiales, se mantiene todavía vigente, y a pesar de los cambios introducidos a lo largo del siglo se sigue empleando en sus aspectos esenciales, referidos especialmente a la alimentación, del mismo modo que cuando se lo creó, en los albores de la moderna ganadería nacional (Huergo, 1992).

### *Fenómenos que pone de manifiesto la comparación intercensal*

El procesamiento de los datos recientemente publicados del Censo Nacional Agropecuario de 1988 y su comparación, hasta donde es posible, con los del Censo Agropecuario de 1960, nos permitirán revisar con nuevo material estadístico la pertinencia y los alcances de los análisis realizados anteriormente. Por la forma en que han sido elaborados los datos de 1960, la comparación sólo puede efectuarse a nivel de la provincia de Buenos Aires y tomando en forma agregada a todos los tipos de explotaciones. De cualquier forma, el estableci-

miento de grandes tendencias históricas en el período 1960-1988 y de valores medios en 1988 nos permitirá determinar el grado de validez que puede atribuirse a algunas de las proposiciones anteriores, utilizando un nuevo tipo de material estadístico.

Las primeras consecuencias de los cambios provocados por el proceso de agriculturización aparecen relacionadas con la transformación del patrón de distribución de la superficie explotada. Como decíamos más arriba, el sustancial cambio operado en los patrones tecnológicos y en la composición del parque de maquinarias produjo una crisis muy severa en las pequeñas unidades de producción que no dispusieron del capital suficiente para adquirirlas ni de la extensión de tierra adecuada para utilizarlas eficientemente (Coscia, 1983; Forni y Tort, 1992; Cloquell y Devoto, 1992). Algunos de estos pequeños agricultores trataron de sobrevivir encargando a terceros la realización de las labores correspondientes a las etapas del ciclo de producción donde la introducción de innovaciones desempeñaba un papel fundamental en el aumento de los rindes, pero otros, quizá la mayoría, prefirieron cambiar de rumbo y vender o alquilar sus tierras, ahora insuficientes, a los nuevos capitalistas de la agricultura. Parece haberse generado, de este modo, un cambio radical, tanto en la composición de los tipos de explotaciones como en la estructura social de la pampa bonaerense, que no podemos dejar de asociar con la naturaleza de los fuertes cambios operados en el número total de explotaciones y en el patrón de distribución de la superficie ocupada.

Contrariando una tendencia secular, iniciada en 1914 y objeto de varias controversias académicas, el período 1960-1988 ha generado un movimiento diferente de redistribución de la superficie que se expresa, en primer lugar, a través del crecimiento de la extensión media global de las explotaciones: pasan a controlar de 262 a 316 ha. por unidad, lo que viene a representar nada menos que un incremento del 38% en sólo 28 años (Cuadro1). Es necesario subrayar que esta nueva tendencia no es producto del aumento de la superficie controlada por las grandes explotaciones. Por el contrario, las unidades de más de 5.000 ha. han perdido peso absoluto y relativo; cedieron casi 600.000 ha. durante el período y redujeron del 15% al 14% su participación relativa en el conjunto. Reproducen atenuadamente en este período las características de un movimiento prácticamente constante de subdivisión, que las llevó a ceder 5 millones de hectáreas desde la primera posguerra hasta la actualidad y que dejó registrado su momento más intenso en el lapso intercensal 1947/60 (Barski y Pucciarelli, 1991).

La explicación de aquel fenómeno se halla, como es de suponerse, en los cambios operados en el otro extremo de la escala; allí, las pequeñas unidades de menos de 200 ha. parecen haber entrado en un proceso de virtual descomposición: desaparecen 25.780 representantes de esa especie y por esa causa entregan a los estratos mayores casi 1,3 millones de ha., es decir un tercio de la superficie que controlaban antes de iniciarse el proceso de agriculturización; su participación cae del 17% al 12% del total. Este es el cambio fundamental, el que parece tener mayor trascendencia social y permite, a la vez, explicar en su mayor parte el aumento de la superficie media global. Un análisis más

## CUADRO 1

Número de unidades y superficie ocupada por las explotaciones agropecuarias de la provincia de Buenos Aires, años 1960 y 1988.

Extensión	Año 1960		Año 1988	
	Unidades Nº	Superficie Ha.	Unidades Nº	Superficie Ha.
-5	8.422	25.607	4.880	13.686
5-25	18.372	266.436	10.002	145.685
26-100	30.006	1.800.499	19.002	1.188.578
101-200	16.336	2.420.532	12.734	1.871.855
201-500	14.487	4.655.016	14.727	4.762.062
501-1.000	7.447	4.600.016	7.144	5.024.945
1.001-2.500	3.394	5.249.666	4.519	6.845.498
2.501-5.000	1.082	3.763.363	1.218	4.155.569
5.001-10.000	353	2.411.838	329	2.226.909
+ 10.000	96	1.459.882	64	1.047.715
<b>TOTAL</b>	<b>101.493</b>	<b>26.654.091</b>	<b>75.479</b>	<b>27.282.510</b>

Fuente: Elaborado con base en datos de:

Censo Nacional Agropecuario año 1960, Cuadro Nº 3.

Censo Nacional Agropecuario año 1988, Cuadro Nº 1.

detallado de las cifras nos permite verificar, igualmente, que el núcleo inferior de este grupo, formado por explotaciones familiares de menos de 25 ha. de extensión, sufre un proceso aún más intenso de disolución: ha perdido el 46% de las unidades y el 45% de la superficie, confirmando pronósticos de los estudios ya señalados, referidos a la "inviabilidad" económica de este tipo de unidades, ubicadas en un nuevo contexto donde la introducción sucesiva de innovaciones modifica las condiciones de funcionamiento y eleva sensiblemente los "pisos tecnológicos". El desarrollo de este nuevo modo de encarar la agricultura extensiva pampeana las condena a desaparecer absorbidas por los nuevos procesos de urbanización, a crecer en extensión agregando nuevas pequeñas parcelas a la dotación original, o a ser incorporadas como parte de unidades mayores a través del arrendamiento accidental. La evolución del núcleo superior formado por unidades de 26 a 100 ha. es menos desfavorable —perdió el 33% de la superficie controlada en 1960—, pero junto con el núcleo anterior absorbe la inmensa mayoría (casi el 90%) de las unidades disueltas durante el lapso 1960/88. El achicamiento producido en ambos extremos de la escala ha provocado otro fenómeno que parece marcha también asociado con las características técnico-económicas del proceso de agriculturización: el incremento de 2,5 millones de ha. en el área controlada por las unidades ubicadas en el medio, aquellas que se extienden entre 201 y 5.000 ha. Este heterogéneo conjunto mantiene prácticamente el mismo número de explotaciones pero, al

absorber todas las pérdidas producidas en los extremos, aumenta significativamente su extensión media de 653,8 a 752,4 hectáreas por explotación, y eleva del 69 al 74% su participación en el total de la superficie explotada. Hay entonces un importante proceso de reasignación de tierras que amplía aún más la enorme influencia que ya tenían las unidades medias en el desarrollo de la tecnología y en la ampliación de la producción agropecuaria bonaerense, acentuando la complejidad de un universo que se mantiene todavía prácticamente desconocido.

El desarrollo conjunto de estas tres grandes tendencias observadas ha provocado una sensible transformación del patrón de distribución de la superficie explotada que, en otro trabajo (Pucciarelli, 1991), hemos denominado "Proceso de desconcentración sin dispersión" para poner de relieve: a) la disminución del "coeficiente de concentración", debido a la pérdida del peso relativo de las grandes explotaciones, b) la disminución simultánea y aparentemente independiente del "coeficiente de dispersión" producida por la sustancial reducción del peso absoluto y relativo de las pequeñas unidades, ubicadas en la base de la pirámide; c) por efecto de las modificaciones anteriores, la sensible disminución del "coeficiente de polarización", es decir de la reducción del peso absoluto que tienen las explotaciones ubicadas en los extremos opuestos de la pirámide y el crecimiento del peso relativo de aquellas que se ubican en las posiciones intermedias. Para evitar malas interpretaciones reiteremos, al finalizar este punto, que la modificación de algunos de sus rasgos más sobresalientes a través del proceso de desconcentración sin dispersión no cambia ninguna de las características esenciales heredadas del pasado. Continúa alimentando un modo de distribución fuertemente concentrado que tiende a modificar de un modo insuficiente su alto grado de polarización mediante el crecimiento paulatino de los sectores intermedios.

El análisis de las cifras referidas a la evolución de los criterios de uso del suelo, durante este período, nos permite definir otras características del proceso de agriculturización y de su relación con el estancamiento relativo del sector ganadero (Cuadro 2). Uno de los rasgos más notorios es, precisamente, la confirmación de que el gran *boom* de la producción de granos no se apoya en la expansión de la superficie agrícola, área que se incrementa en menos de 500.000 ha. y crece sólo un 10% respecto de la dotación registrada en 1960. Ese crecimiento parece haber operado en detrimento de la superficie sembrada con forrajeras anuales, que pierde 859.000 ha. o sea el 33% del área ocupada al comienzo del período. Ambas cuestiones nos permiten suponer que, en esta ocasión, el vuelco de los productores hacia la nueva agricultura no se realiza provocando como veremos, una sustancial reducción del área ganadera, sino desestimando uno de los recursos tecnológicos más importantes de que disponen los productores actuales para incrementar la productividad de la ganadería extensiva: el complemento alimentario.

Esta forma de modernización de la producción, basada en la inversión en maquinaria, silos, secadoras y una gran variedad de implementos agrícolas al servicio de la complejización y racionalización de la cadena alimentaria de los planteles ganaderos, que pareció cobrar cierta fuerza durante los primeros

quince años del período y dio lugar, por ejemplo, a la implantación del esquema agro-ganadero del gran complejo comandado por la estancia "La Bizanaga", mencionado anteriormente, parece haber sido suplantada por la adopción de un modelo diferente. Este modelo, desarrollado con base en los resultados obtenidos por los estudios agronómicos del INTA y difundido en esa época por sus centros experimentales pampeanos, pretende aumentar los índices de producción de carne aumentando la capacidad de recepción de algunos suelos, ampliando el área de praderas artificiales e implantando en éstas forrajeras consociadas y nuevas especies de forrajeras permanentes. El aumento de la capacidad nutricional de las pasturas artificiales se acompaña con la instalación de un nuevo tipo de potrero y la introducción del "alambrado eléctrico", elementos que modifican los hábitos alimentarios del ganado e inducen un uso mucho más racional e intensivo de los pastos disponibles. Como veremos, los datos del censo nos indican que la adopción de esa estrategia parece no haber incidido significativamente en el crecimiento de la producción, ni en el aumento de la productividad física, ni tampoco en la elevación de los índices de ocupación del suelo ganadero.

### CUADRO 2

Criterios de uso del suelo en explotaciones agropecuarias  
de la provincia de Buenos Aires, años 1960 y 1988

Uso del suelo	Superf. 1960		Superf. 1988	
	Ha (miles)	%	Ha (miles)	%
Cultivos anuales	4.985	18,7	5.457	20,0
Forrajeras anuales	2.599	9,7	1.740	6,3
Forrajeras perennes	2.778	10,4	3.756	13,7
Otros cultivos	158	0,6	194	0,7
Praderas naturales	13.811	52,0	10.862	39,8
Bosques	485	1,8	811	2,8
Apta no utilizada	1.646	6,1	2.791	10,2
No apta	192	0,7	1.671	6,5
<b>Total</b>	<b>26.654</b>	<b>100,0</b>	<b>27.282</b>	<b>100,0</b>

Fuente: Elaboración con base en datos de:

Censo Nacional Agropecuario año 1960, Cuadro N° 2.

Censo Nacional Agropecuario año 1988, Cuadro N° 11.

La difusión de esta estrategia parece ser la causa, entonces, del fuerte crecimiento del área sembrada con forrajeras permanentes que, en la comparación de los dos censos, aparece incorporando un millón de nuevas ha. lo cual significa un crecimiento del 36% durante todo el período. Las forrajeras anuales pierden, en cambio, 859.000 ha., o sea el 33% de la superficie ocupada en 1960 (Cuadro

2). Si se acepta la corrección efectuada en los valores correspondientes a la extensión de las praderas naturales relevadas en ambos censos, puede deducirse que la expansión de las forrajeras permanentes se produjo roturando tierras incultas de uso ganadero. La extensión de las praderas naturales se reduce sensiblemente: pierde 3 millones de ha. de las cuales 1 millón, es decir una tercera parte, deben haber sido roturadas para dar lugar a la expansión de las siembras de forrajeras anuales, y el resto parece haber sido inutilizado por las inundaciones de esa época, pasando a formar parte de la superficie no apta o apta no utilizada.

Tomados en conjunto, estos cambios operados en los criterios de uso del suelo muestran una sensible modificación de la composición de la superficie explotada en la provincia de Buenos Aires. Contra todo lo que podría suponerse, la expansión de la producción de granos no sólo no generó aumentos sino que provocó una disminución de la superficie ocupada por siembras anuales (cultivos anuales + forrajeras anuales). En efecto, el muy moderado crecimiento de las siembras de cereales y oleaginosas resulta menor que la fuerte disminución de la producción de forrajes anuales, lo cual provoca una caída del 28,4 al 26,9% de la posición relativa de esa área en el total de la superficie ocupada. En contraste, crece fuertemente la superficie destinada al desarrollo de las forrajeras permanentes, que agrega un millón de nuevas hectáreas y eleva la posición del área sembrada con pasturas artificiales desde el 10,4 al 13,7% del total registrado en 1988. Este crecimiento significa, como hemos dicho, un nuevo avance sobre las tierras incultas que, afectadas por éste y otros factores, hacen caer el peso de las praderas naturales en el total de la superficie ocupada desde el 52,0 al 39,8% durante el mismo lapso.

Si modificamos los criterios de comparación, diferenciando el suelo ocupado por la producción estrictamente agrícola (cereales, oleaginosas y otros cultivos) del suelo usado, directa o indirectamente, por la ganadería (forrajera anual, forrajera permanente, pradera natural), las tendencias se modifican, aunque levemente: crece muy escasamente la extensión total y también el peso relativo, del 19,3 al 21,3% del área propiamente agrícola, y disminuyen más acentuadamente tanto la extensión como el peso relativo del suelo de uso ganadero, que cae del 72,1 al 59,8% respecto del total de la superficie ocupada. Analizada de esta forma la evolución de los criterios de uso del suelo que surge de la comparación, resulta congruente no sólo con el fuerte crecimiento de la producción granífera sino, como veremos, con la disminución del 4% registrada en el plantel de ganado vacuno durante el período.

Es importante destacar, por último, el gran apego que continúan mostrando los agricultores a los cultivos tradicionales, un fenómeno sobresaliente que se manifiesta elocuentemente en el escaso ritmo de crecimiento del área ocupada por cultivos industriales, hortalizas, frutales, etc., área agrupada bajo la denominación de "otros cultivos" y que crece de 158.000 a sólo 194.000 ha. La única gran excepción está constituida, dentro de las oleaginosas, por el espectacular crecimiento de los cultivos de soja que, siendo inexistentes en la década del sesenta, alcanzan a cubrir en 1988 más de un millón de ha. (Cuadro 3). Conviene advertir que el 40% de estos cultivos forma parte del complejo

trigo-soja, o sea que se produce con alta tecnología en suelos de segunda ocupación. Las 407.000 ha. utilizadas de este modo constituyen el 85%, o sea la inmensa mayoría de los suelos de segunda ocupación, en los cuales no parecen prosperar otros tipos de estrategias de producción. Utilizados casi exclusivamente dentro del complejo trigo-soja, los suelos de segunda ocupación implantados con alguno de los ocho cultivos principales de la provincia, cubren 486.232 ha., que representan sólo el 9% de la superficie en primera ocupación cubierta por todos ellos en el año 1988 (Cuadro 3).

**CUADRO 3**  
Superficie ocupada por los principales cultivos anuales  
de la provincia de Buenos Aires, año 1988 (en ha).

Cultivo	Período de ocupación	
	Primero	Segundo
Maíz	903.007	9.294
Sorgo granífero	65.258	2.678
Trigo	2.291.877	14.496
Girasol	1.061.916	45.683
Lino	129.986	1.535
Soja	633.801	407.661
Avena	236.383	3.886
Cebada cervecera	73.394	999
Total	5.595.684	597.707

Fuente: Censo Nacional Agropecuario año 1988, Cuadro N° 16.

La introducción de nuevos cultivos extensivos, las transformaciones tecnológicas y la apertura de un área con segundos cultivos no ha venido asociada, como podría inferirse de la lectura de varios de los estudios mencionados anteriormente con una expansión del arrendamiento. Por el contrario, la comparación de las cifras censales pone de relieve que durante los últimos 25 años ha venido ocurriendo lo contrario, es decir una considerable aceleración de la tendencia de crecimiento del peso proporcional de la superficie explotada en propiedad, iniciada en la década del cuarenta. En el cuadro 4 puede observarse que la superficie explotada bajo diversos regímenes de propiedad se ha incrementado más de un 30% en ese lapso y llegaba a reunir en 1988 más de 21.000.000 de ha., o sea el 78% de la superficie explotada total.

En un trabajo anterior (Barski y Pucciarelli, 1991) afirmábamos que el prolongado período de estancamiento iniciado en 1939 generó un importante proceso de desalojo de pequeños agricultores, mediante la no renovación de anteriores contratos de arrendamiento o la eliminación, a veces forzada, de antiguas y consolidadas situaciones de hecho. Hasta 1942 estos desalojos se

desarrollan sin oposición legal efectiva e impulsan la recomposición de unidades más grandes de producción. La instauración del gobierno militar inicia, en 1943, la promulgación de una serie de leyes destinadas a proteger la situación de los arrendatarios y, especialmente a partir del gobierno peronista, a favorecer su transformación en propietarios. La conjunción de ambas tendencias —recuperación de tierras por parte de los grandes propietarios y acceso a la propiedad por parte de una importante fracción de pequeños agricultores— hace caer drásticamente el número de explotaciones y la superficie explotada bajo la forma de arrendamiento (Lattuada, 1986).

La eliminación casi definitiva del arrendamiento tradicional, consolidada jurídicamente por la ley de arrendamientos de 1968, dejó el camino abierto para la redefinición de las relaciones de complementación entre la propiedad de la tierra, las nuevas formas de capital y la organización del trabajo en mayor escala y en forma empresarial. Allí nació, como dijimos, la versión contemporánea de una antigua práctica, el arrendamiento agrícola accidental, pero llevada a cabo, fundamentalmente, por dos nuevos tipos de sujetos, el pequeño empresario familiar capitalizado y el gran agricultor capitalista sin tierra, propietario del capital y de la maquinaria moderna e introductor de la inmensa mayoría de las innovaciones tecnológicas. Impresionados por el peso que adquirieron estos nuevos protagonistas del desarrollo agrícola en ciertos partidos del área cerealera de la provincia, algunos autores pensamos que con la extensión del “contrato accidental” se había revertido la tendencia anterior, se había frenado el crecimiento de la superficie explotada en propiedad y el nuevo arrendamiento debería ser asociado nuevamente a la expansión de los cultivos.

**CUADRO 4**  
Régimen de tenencia de la tierra en la  
provincia de Buenos Aires, años 1960 y 1988

Régimen de tenencia	Superficie explotada			
	Año 1960		Año 1988	
	Ha. (miles)	%	Ha. (miles)	%
Propiedad	16.408	61,6	21.290	78,0
Arrendamiento	7.201	27,0	4.104	15,0
Mediería/tantería	775	2,9	—	—
Contrato accidental	—	—	1.657	6,1
Otras formas	2.270	8,5	234	0,9
<b>Total</b>	<b>26.654</b>	<b>100,0</b>	<b>27.282</b>	<b>100,0</b>

Fuente: elaborado con base en datos de:

Censo Nacional Agropecuario año 1960, Cuadro Nº 2

Censo Nacional Agropecuario año 1988, Cuadro Nº 6.

Nuevamente, los datos del Cuadro 4 ponen de manifiesto que tales suposiciones fueron exageradas. Aunque se reducen a un ritmo sensiblemente menor que los registrados en las etapas anteriormente indicadas, las tierras explotadas bajo el régimen de arrendamiento tradicional pierden el 30% del volumen reunido en 1960 y pasan a ocupar sólo el 15% de la superficie explotada total. Una fracción del espacio abandonado por este régimen de tenencia es ocupado por el arrendamiento accidental, pero los 1,6 millones de hectáreas así controladas representan sólo el 6% del total y parecen tener mucho menos significación en la génesis y evolución del proceso de agriculturización que la que le había sido adjudicada anteriormente.

Empero, esta última característica se modifica sensiblemente cuando analizamos las diferencias interregionales. En el partido de Pergamino, representante típico de la región maicera, predominantemente agrícola, la porción de tierra explotada en arriendo asciende al 37,7%, cifras que llegan casi al doble de la media provincial y dentro de ellas predomina en forma absoluta el arriendo bajo contrato accidental, el régimen utilizado por los distintos tipos de contratistas-tanteros, que reúne 91.609 ha, el 32% de la superficie explotada total (Cuadro 5). En Ayacucho y Rivadavia, partidos ganaderos de cría e invernada respectivamente, la superficie arrendada es proporcionalmente mucho menor; tanto en uno como en otro los valores se ubican muy cerca del 20%, o sea del promedio de arrendamientos registrado a nivel provincial. Escasos de suelos agrícolas con aptitud para la producción de cereales, quedaron relativamente al margen del proceso de agriculturización y no sufrieron la

### CUADRO 5

Superficie explotada bajo distintos regímenes de tenencia de la tierra en partidos seleccionados de la provincia de Buenos Aires, año 1988 en (miles de ha.)

	Partidos seleccionados					Tres
	Ayacucho	Luján	Pergamino	Ramallo	Rivadavia	Arroyos
Propiedad personal	403,4	43,4	160,0	32,8	263,6	332,0
Propiedad familiar	68,0	7,1	15,3	9,9	29,0	60,8
Arrendamiento	108,7	4,7	7,0	10,1	21,5	71,2
Aparcería	27,3	0,4	9,3	21,5	0,1	7,5
Contrato accidental	17,5	6,3	91,6	12,7	2,7	0,5
Ocupación legal	0,8	0,2	1,3	0,2	0,5	0,1
Total	628,0	62,8	285,5	87,4	367,5	556,8

Fuente: Censo Nacional Agropecuario año 1988, Cuadro N° 6.

penetración del contratista, fenómenos que tienden a verificar las siguientes cifras: el contrato accidental cubre el 2,7% de la superficie explotada en Ayacucho y sólo el 0,7% en Rivadavia. Las formas de arrendamiento tradicional, utilizadas seguramente para desarrollar planteles ganaderos, resultan en cambio más altas que las del promedio provincial. En Tres Arroyos, prototipo de la región mixta del sudeste, se combina una alta incidencia de arrendamientos tradicionales con un peso proporcional de la superficie bajo contrato accidental superior a la media provincial, pero ubicada muy por debajo de los valores registrados en Pergamino. En Luján, partido del área lechera, el peso del contrato accidental es similar al anterior, pero las formas de arrendamiento tradicional parecen hallarse en extinción: se hallan por debajo del promedio provincial y registran el valor más bajo de todos los casos seleccionados.

Si las características del contraste observado entre partidos fueran extensibles a las regiones que representan, podemos deducir, entonces, que el arrendamiento bajo contrato accidental se expandió y marchó fuertemente asociado con el proceso de agriculturización sólo en el área agrícola del norte de la provincia, y en mucho menor medida en las subáreas agrícolas de la región mixta y de la región lechera. Parece ser indiferente, en cambio, al crecimiento de oleaginosas y de otras formas de expansión cerealera en las regiones ganaderas de cría e invernada.

El análisis de la evolución de los planteles ganaderos nos obliga a plantear hipótesis aun más pesimistas sobre el estado de la ganadería actual en la provincia de Buenos Aires que las elaboradas por Peretti y Gómez (1991) para la región pampeana y presentadas en párrafos anteriores. La confrontación de los datos de ambos censos nos muestra varios fenómenos relevantes. En contraste con el muy moderado crecimiento calculado a nivel regional, los planteles vacunos de la provincia, que reunían en 1960 17,5 millones de cabezas, muestran una leve tasa de decrecimiento de -4% (Cuadro 6), producto de los cambios de estrategias productivas encarados por los productores ganaderos a mediados de los años setenta, como respuesta a la prolongada caída de los precios de la carne y la lana en el mercado internacional. La clausura de los 15 años de prosperidad iniciados en 1960 impulsó la liquidación de los nuevos *stocks* de ganado vacuno acumulados en ese lapso y, lo que resulta mucho más revelador, la decisión de acentuar aún más el alto grado de especialización de la producción ganadera, eliminando virtualmente los planteles ovinos del ámbito bonaerense. En efecto, los 19 millones de cabezas de esa especie registrados en 1960 se reducen un 75%, para transformarse en un exiguo rodeo de 4,5 millones de unidades en 1988. Aunque por factores completamente diferentes, los equinos describen la misma trayectoria; desplazados de las labores agrícolas por el denominado proceso de tractorización, iniciado en aquella década, se reducen un 60%, reuniendo sólo 415.000 ejemplares al final del período. La reducción tan drástica de ambos planteles acentúa la histórica tendencia monoprodutiva de la ganadería pampeana: en la actualidad el ganado vacuno representa el 77% del total de animales que pastan en los campos de la provincia.

**CUADRO 6**  
Evolución de los planteles ganaderos de la  
provincia de Buenos Aires, años 1960 y 1988 (miles de cabezas)

Planteles	Años		Tasa de variación %
	1960	1988	
Bovinos	17.517	16.833	-3,9
Ovinos	19.044	4.527	-76,2
Equinos	1.061	415	-60,8
Total	37.622	21.775	-42,1
Total de cabezas equivalentes *	21.463	17.934	-16,4
Relación Bovino/ovino	0,91	3,72	
Relación entre cabezas equivalentes y superficie ganadera	1,17 Cbz/ha.	1,0 Cbz/ha.	
Relación entre vacunos y superficie ganadera	0,96 Cbz/ha.	0,97 Cbz/ha.	

\* Cabezas equivalentes: 1 vacuño = 1 equino = 6,6 ovinos.

Fuente: elaborado con base en:

Censo Nacional Agropecuario año 1960, cuadros N° 12, 15 y 21.

Censo Nacional Agropecuario año 1988, Cuadro N° 21.

Si se tiene en cuenta, por otra parte, que la superficie de uso ganadero pierde, por diversas causas, sólo 890.000 ha., la reducción global del volumen total de animales disminuye durante este período el valor del índice de animales totales por unidad de superficie. En el Cuadro 6 equiparamos la demanda nutricional de los tres tipos de animales del siguiente modo: una unidad bovina consume lo mismo que una unidad equina y que 6,6 unidades ovinas. Así, el total de cabezas equivalentes es de 21,6 millones en 1960 y desciende un 16,4% hasta 17,9 millones, en 1988. Con estos valores el índice del total de cabezas equivalentes por unidad de superficie desciende de 1,17 a 1,0 cabezas por hectárea, y el índice del total de cabezas de ganado vacuno por unidad de superficie se mantiene prácticamente inmóvil, pasando de 0,96 a 0,97 cabezas por hectárea.

Si las cifras de los censos son correctas, la ganadería pampeana parece demandar cada vez mayor cantidad de praderas, para resolver la alimentación de un número cada vez menor de animales, acentuando, en lugar de superar,

una de sus características estructurales más persistentes, su histórica tendencia a la producción monocultural y extensiva. En todo caso, las innovaciones ya mencionadas introducidas durante el período tienden a desestimar la cuestión central de la alimentación, renunciando a modificar los actuales índices de extensividad, y orientan el desarrollo tecnológico hacia el área veterinaria, buscando mayor eficiencia en control de enfermedades, métodos de inseminación, manejo de los rodeos, etc. Por este medio intentan aumentar beneficios, bajando costos unitarios en esos rubros, pero sin aumentar la producción, sin emplear más mano de obra y sin aprovechar más intensivamente los recursos naturales que tienen a su disposición.

Analizando este problema, uno de los especialistas que más ha insistido en la necesidad de provocar cambios en las estrategias de producción planteaba, en los comienzos del año 1992, que la reactivación del mercado y el incremento de los precios relativos de la carne tendía a restablecer la rentabilidad de la actividad ganadera, pero bajo el cumplimiento de una severa condición: la elevación de los actuales niveles de productividad. Para ello, vuelve a introducir el permanente e irresuelto problema de la alimentación eficiente y de las diferentes alternativas de intensificación que podrían haberse incorporado desde tiempo atrás, pero que hasta ahora han sido desestimadas por la mayoría de los establecimientos. Entre ellas destaca el incremento y la tecnificación de la producción de forrajes y la introducción de los nuevos elementos que permiten complejizar la base de sustentación del sistema pastoril; el incremento de los niveles de aprovechamiento de los forrajes, el desarrollo del ensilaje y de otras formas de utilización de los excedentes estacionales; la aceleración del engorde, suplementando la alimentación con granos y subproductos y, en el punto más extremo, la discusión sobre la conveniencia de adoptar tecnologías aún más intensivas, como el *feed-lot*.

Utilizando alguna de estas alternativas de inversión y desarrollo tecnológico, los productores más eficientes parecen haber llegado a producir en la provincia de Buenos Aires algo más de 300 kilos de carne por hectárea, cuando la media nacional no supera los 150 kilos por hectárea. Con esos nuevos niveles de productividad las tierras ganaderas utilizadas para implantar pasturas permanentes, pero también para sembrar pastos y otros tipos de forrajes destinados a complementar y balancear el sistema alimentario, pueden volver a competir con la agricultura en la generación de niveles de rentabilidad económica similares y alternativos. Frente a las condiciones que impone el mercado, interno y externo, el aumento de la productividad física de la ganadería y la intensificación del uso de los recursos naturales disponibles, mediante la adopción de alternativas tecnológicas existentes en el mercado, parece ser el único camino posible no sólo para superar décadas de estancamiento y retomar la senda del crecimiento de la producción, sino para recobrar la rentabilidad perdida de las explotaciones.

La línea actual de desarrollo ganadero tiene, sin embargo, mucho menos incidencia que el proceso de tecnificación agrícola en la catastrófica caída del volumen de población ocupada permanente en labores agropecuarias, que registra una pérdida de casi 132.000 personas durante el período, o sea una

caída del 51% respecto de la dotación de 1960. La difusión de las innovaciones tecnológicas ya mencionadas y las nuevas condiciones de desempeño que crea la extensión del proceso de modernización parecen haber puesto en un avanzado estado de descomposición a las pequeñas economías agrícolas de carácter familiar. En efecto, mientras el trabajo asalariado, contrariando la tendencia general de la economía, crece levemente un 6% entre 1960 y 1988, el grupo de trabajadores familiares, remunerados y no remunerados, desciende nada menos que un 70%. Se modifica drásticamente, de este modo, la relación de predominio que la ocupación familiar vino detentando a lo largo de la historia rural de la región pampeana: en Buenos Aires la relación trabajador familiar-trabajador asalariado, que a comienzos del período daba un cociente de 1,13, desciende al 0,30 para los últimos años de la década de 1980 (Cuadro 7).

### CUADRO 7

Evolución de la mano de obra ocupada en explotaciones agropecuarias de la provincia de Buenos Aires, años 1960 y 1988.

Mano de obra	Año 1960	Año 1988
Productores	140.858	68.673
Trabajadores familiares	91.729	27.212
Asalariados fijos	81.074	85.794
Total	313.661	181.679

Fuente: Elaboración con base en datos de:

Censo Nacional Agropecuario año 1960, Cuadro N° 6.

Censo Nacional Agropecuario año 1988, Cuadro N° 38.

Mucho más sorprendente aún resulta la muy fuerte disminución del número total de productores, de titulares de las explotaciones, que han descendido de 140.858 a 68.673 personas, es decir un 51% entre los dos años extremos. La caída del número de agricultores es tan acentuada que nos tienta a atribuirla a errores o diferencias de criterios en el relevamiento censal. Una explicación en cierto modo tranquilizadora si no tuviéramos presente la paralela e igualmente drástica disminución del volumen de las pequeñas explotaciones, registrada en el Cuadro 1 y comentada más arriba. Este último fenómeno, asociado a la pronunciada disminución de productores y de trabajadores familiares, se halla en la base de lo que parece ser un incontestable e irreversible proceso de disolución de la mayor parte de las pequeñas unidades familiares de producción predominantemente agrícola en la provincia de Buenos Aires.

Su desarrollo introduce, en efecto, una relevante cuestión, destinada a ejercer una gran influencia en la redefinición de la constitución de la sociedad rural pampeana. A pesar de la gran importancia que reviste, nosotros no profundizaremos el análisis porque él se aleja excesivamente del centro de

nuestra indagación. Agregaremos solamente dos observaciones. Es más pronunciada la eliminación del trabajo familiar que la disminución del número de productores, por ello la relación entre ambos muestra coeficientes descendentes, pasando de 0,65 a 0,39 trabajador familiar por productor (Cuadro 8). Si esto es así, las pequeñas unidades que no han desaparecido parecen haber iniciado una modificación de la organización técnica y social del trabajo, en la cual la adopción de nueva tecnología pasa, como dijimos, por la eliminación de una parte del trabajo "propio" y el aumento correlativo de la contratación de labores a empresas especializadas, manejadas por terceros. La eliminación de productores ha sido aún más brusca que la liquidación de las pequeñas explotaciones dentro del paisaje rural pampeano, fenómeno que se expresa en la caída desde el 1,38 al 0,90 del total de productores en relación al total de explotaciones, y nos da indicios de la existencia de otro grupo de pequeños agricultores que se hallan igualmente incapacitados de cambiar de estrategias o de escala y comienzan a abandonar, junto con su familia, la residencia rural y la dirección de la producción, dejándola en manos de los nuevos arrendatarios, concentradores de muchas unidades, o de encargados al tanto por ciento.

### CUADRO 8

Composición y distribución de la mano de obra agropecuaria de la provincia de Buenos Aires, años 1960 y 1988.

Relaciones	Año 1960	Año 1988
Número de trabajadores por productor	1,22	1,64
Número de trabajadores asalariados por productor	0,57	1,25
Número medio de hombres ocupados por unidad (Hombre/Establecimiento)	3,0	2,4
Número medio de hombres ocupados por superficie explotada. (Hombre/Hectárea)	0,013	0,008
Extensión media de la superficie explotada por hombre ocupado (Hectárea/hombre)	74,5	124,5
Trabajador familiar por productor	0,65	0,39
Trabajador familiar por trabajador asalariado	1,13	0,31
Productor por unidad	1,38	0,90

Fuente: elaboración con base en cuadros 1 y 7.

La eliminación de una gran parte del trabajo familiar y del trabajo independiente en la agricultura tiene un débil proceso contrarrestante, el aumento del peso absoluto y relativo del empleo asalariado, que con casi 86.000 personas ocupadas (Cuadro 7) y una relación asalariado/productor que asciende de 0,57 a 1,25 durante el período (Cuadro 8) se convierte, como dijimos, en el sector fundamental del mercado de trabajo rural. Para brindar una imagen más correcta del peso real de este grupo hay que adicionarle, por un lado, a los trabajadores permanentes empleados por las empresas contratistas que no estando en operación en el momento de realización del censo no fueron relevadas y, por otro lado, a un grupo importante de asalariados transitorios, ocupados por las explotaciones y por las empresas contratistas, que no ha podido ser estimado todavía.

El incremento del número total de trabajadores agropecuarios bonaerenses que pueda producirse mediante la incorporación de aquellos grupos no será muy significativo, ni llevará a disimular otro de los aspectos fundamentales que revela este tipo de análisis comparativo. La modernización de los cultivos cereales permitió aumentar el volumen y el valor de la producción así como el incremento de la productividad del suelo agrícola, pero junto con ello continuó acentuando otra de las características históricas permanentes y sumamente negativas de las prácticas extensivas, la disminución de costos mediante la desocupación parcial de la mano de obra. Ello explica que, a pesar de la importante reducción del número total de explotaciones, el índice de ocupación de la mano de obra total haya descendido de 3,0 a 2,4 trabajadores por establecimiento durante el transcurso del período que estamos considerando.

En el mismo sentido, podemos afirmar que los obstáculos que han impedido desde siempre ocupar en forma adecuada el semidesierto pampeano han estado operando últimamente con aún mayor intensidad. Por su incidencia ha descendido bruscamente, desde 0,013 a 0,008 trabajadores por hectárea explotada, el índice de ocupación del territorio rural económicamente apto del ámbito bonaerense durante el período. Dicho de otra manera, en 1960 la producción agropecuaria pampeana ocupaba 1 trabajador, promedio, para explotar en agroganadería 75 hectáreas; en la actualidad, para realizar la misma tarea, contando con renovados medios técnicos y en nuevas condiciones de desempeño, se requiere 1 trabajador cada 125 hectáreas.

## Bibliografía citada

- Barski, O. y Pucciarelli, A.R. (1991), "Cambios en el tamaño y el régimen de tenencia de las explotaciones agropecuarias pampeanas", en O. Barski (ed.), *El desarrollo agropecuario pampeano* (Buenos Aires).
- Blaquier, C. (1967), *La empresa agraria argentina* (Buenos Aires).
- Cloquell, S. y Devoto, R. (1992), "El arrendamiento en la región pampeana", en VV. AA., *Explotaciones familiares en el agro pampeano* (Buenos Aires), t. 2.
- Coscia, A. (1983), *La segunda revolución agrícola de la región pampeana* (Buenos Aires).

- Esnoz, J. y Aráoz, L. (1983), *Aspectos referidos a la producción de carnes* (Buenos Aires, SAGYP-IICA, Doc. Nro. 4).
- Ferrer, A. (1991), *El devenir de una ilusión* (Buenos Aires).
- Flichman, G. (1977), *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino* (México).
- Forni, F. y Tort, M.I. (1992), *De chacareros a farmers contratistas* (Buenos Aires, CEIL, Doc. de Trabajo N° 25).
- Huergo, H. (1992), "El novillo argentino, un producto de caza", en diario *Clarín* (Buenos Aires), suplemento rural del 28 de marzo.
- Lattuada, M. (1986), *La política agraria peronista* (Buenos Aires).
- Llovet, I. (1991), "Contratismo y agricultura", en O. Barski (ed.) *El desarrollo...*, cit.
- Mascoli, H. (1992), "Mercado de alquiler de tierras y ciclo doméstico en explotaciones familiares", en VV. AA., *Explotaciones familiares...* cit.
- Murmis, M. (1979), "Sobre una forma de apropiación y utilización del espacio rural: el terrateniente capitalista pampeano", en O. Barski (ed.); *Terratenientes y desarrollo capitalista en el agro* (Quito).
- O'Donnell, G. (1977), "Estado y alianzas en la Argentina", en *Desarrollo Económico*, N° 64.
- Obschatko, E. (1988), *La transformación económica y tecnológica de la agricultura pampeana* (Buenos Aires).
- y Del Bello, J.C. (1986), *Tendencias productivas y estrategias tecnológicas para la agricultura pampeana* (Buenos Aires).
- Peretti, M. y Gómez, P. (1991), "Evolución de la ganadería", en O. Barski (ed.), *El desarrollo...*, cit.
- Piñeiro, M. (1975), *Una interpretación sobre las causas del desarrollo relativo de la agricultura pampeana* (Buenos Aires, INTA).
- Pizarro, J. y Cascardo, A. (1991), "La evolución de la agricultura pampeana", en O. Barski (ed.), *El desarrollo...*, cit.
- Portantiero, J.C. (1977), "Economía y política en la crisis argentina", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2.
- Pucciarelli, A. R. (1991), "Evolución del proceso de desconcentración de la propiedad rural en la pampa bonaerense (1920-80)", en *Ruralia*, N° 2, marzo de 1991.
- Tort, M. I. (1983), *Los contratistas de maquinaria agrícola: una modalidad de organización del trabajo en la pampa húmeda* (Buenos Aires, CEIL, Doc. de trabajo N° 11).
- Sábato J. y Schvarzer, J. (1985) "Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina", en A. Rouquié, *Cómo renacen las democracias* (Buenos Aires).

## RESUMEN

*Después de soportar un largo período de estancamiento, la agricultura pampeana argentina inicia, a mediados de la década del setenta, un importante período de crecimiento, de casi quince años de duración. Como es generado por una sustancial modificación de las prácticas extensivas tradicionales, el crecimiento aparece asociado a fuertes cambios en la economía y en la estructura social del medio rural.*

*Las nuevas estrategias de producción adoptadas aumentan el peso proporcional de las inversiones de capital y transforman el modo de distribución de la superficie explotada. Disminuye el peso de los grandes latifundios, las pequeñas explotaciones entran en un proceso de virtual disolución y crece un heterogéneo conglomerado de unidades medias de producción. En ese contexto, surge un nuevo tipo de arrendamiento y un nuevo sujeto económico—el gran empresario agricultor capitalista sin tierra—, crece el contingente de peones asalariados, mientras cae mucho más drásticamente el volumen de pequeños productores y trabajadores familiares dando lugar a un todavía inacabado proceso de fuerte diferenciación social.*

### ABSTRACT

*After a long period of stagnation, in the mid-seventies the agriculture of the Argentine Pampa initiated an important period of growth which lasted for almost fifteen years. As it was generated by a substantial modification in the traditional practices of extensive farming, this growth appears to be associated with marked changes in the economy and the social structure of the rural environment.*

*The new strategies of production increase the proportional weight of capital investments and transform the mode of distribution of the land in use. The weight of the great latifundia declines, small properties start on a process of virtual dissolution and a heterogeneous conglomeration of medium-sized units of production develops. In this context, a new kind of renting and a new economic individual—the great landless capitalist agricultural entrepreneur—appear, the number of wage labourers increases, while the volume of small producers and family workers declines much more dramatically, giving rise to a still unfinished process of strong social differentiation.*